

LA REVELACION.

REVISTA ESPIRITISTA.

Año II.

SALE DOS VECES AL MES.

Núm. 43.

ADVERTENCIA.

La administracion del periódico, deseando cumplir religiosamente los compromisos que tiene contraídos con sus suscritores, espera que estos harán las oportunas reclamaciones de los números que no hayan recibido diri-

giéndose á su administrador D. Vicente Cosla, calle de San Francisco, núm. 21.

Los trabajos literarios y de doctrina que debán merecer los honores de la publicación, como así mismo los cambios de los periódicos de nuestra doctrina, podrán dirigirse á la redaccion del periódico, calle de Castaños, núm. 33.

ALICANTE, 15 DE OCTUBRE DE 1873.

Donna Espiridina

En el artículo anterior (1) hemos demostrado que la fe no puede, no debe ser *condicio sine qua non* de la salvacion, porque aquella, dimanando de la conviccion, es racional; sir-

viéndole de base la instruccion es voluntaria, y será por necesidad debida en la gran masa de hombres desprovistos de toda educacion, de toda ensenanza. Y como no son posibles privilegios en la eterna justicia y divina bondad, deduciremos, como lógica consecuencia, que al obedecer la inteligencia á la ley de actividad que le fué prescrita, no falta, no peca, no incurre en pena alguna, porque el desarrollo á que aquella le obliga, viene á constituir su progreso, su adelanto, su perfeccion, su época mas ó menos remota, y que todo espíritu ha de cumplir, como la materia obedece también las leyes que le son propias en las infinitas modificaciones, que sin cuento se operan en la misma.

Así, pues, al encabezar el presente artículo con el epígrafe, ó mas bien con el axioma «Sin caridad no hay salvacion» es porque auguramos que la fe aun á se requirirá como base de posterior felicidad, y al conmensarlo afirmáremos que sin amor, sin caridad, nadie, absolutamente nadie puede gozar de dicha alguna mas allá de la muerte.

Crear á ciegos, todos saben, pero saber lo que creen, me parece bastante difícil en la mayoría de los creyentes. Amar, estimar, apreciar, etc., todos saben tambien, y poco me parece habrá que estudiar, que meditar y discutir para saber amar y por qué. La sencillísima razon de que todos somos hijos de Dios y por consiguiente hermanos, ha de convencer á cualquiera aunque por desgracia falte la práctica, que vendrá irremisi-

(1) Véase el número 41.

blemente porque la perfección ha de realizarse.

No sucede así en la creencia en que la razón juega un gran papel, no amoldándose con facilidad á la idea que cualquiera desee inculcar, ya por no comprender lo que se le explica, ya por lo difícil que es destruir la doctrina ó principios en que fundan sus convicciones.

Si el evangelio es, pues, el reflejo de la sublime enseñanza del Crucificado; si la vulgata del padre Scio es la oficial romana, atengámonos á ella para probar que Cristo no afirmó, sino la fe nadie será salvo.

En el evangelio de S. Mateo, cap. xiii, versículos desde el 31 has el 45 se lee que el Hijo del hombre vendrá con toda magestad..... y á los de la derecha les dirá: venid benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era huésped y me hospedasteis; desnudo y me cubristeis; enfermo y me visitasteis.... y entonces dirá también á los de la izquierda: apartaos de mí malditos, al fuego eterno que está preparado para el diablo y para sus ángeles, porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; era huésped y no me hospedasteis; desnudo y no me cubristeis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis.

Premia á los primeros porque ejercieron la caridad; condena á los segundos porque no amaron al prójimo. Ni á aquellos ni á estos les exige fe: ni á unos ni á otros, les dice por qué no creísteis, porque negasteis; por haber dudado, por usar de vuestra inteligencia, porque vuestro pensamiento se remontó hasta mí queriendo profundizar misterios, os condeno. Solo exige caridad, amor al prójimo.

Se quiere prueba mas concluyente de lo que pide el Hijo: para el premio ó el castigo futuro? Solo amor se desea. No me sorristeis, no me consolasteis etc., no ejercisteis la caridad, pues al fuego eterno.

Si algunos versículos están claros como son los citados, porque ni siquiera son sus-

ceptibles de interpretación. ¿Y por qué asegurais que sin la fe nadie puede salvarse, segun dice el apóstol, sino es verdad? ¿Por qué os empeñais en interpretar el evangelio á medida de vuestra enseñanza? ¿Por qué el santo libro de divina moral no ha de ser el apan constante del hombre, llegando hasta prohibir su lectura?

Peró hay mas. Los pecadores son y no los santos á quienes he venido á salvar. San Mateo ix, 13. No son los que están sanos, sino los enfermos los que necesitan de médico. Id. ix, 12. Porque el Hijo ha venido á salvar lo que se habia perdido, así que no es la voluntad de mi Padre que está en los cielos el que perezca uno de estos pequesitos. Id. xviii, 11, 14. ¿Y quien está exento de pureza? Nadie, aunque solo hubiera vivido un día en la tierra. Job, xiv, 4, 5.

Los incrédulos, y escépticos, los ateos y materialistas, son los pecadores, segun vosotros; y á estos ha venido á salvar Cristo. Estos son los enfermos y que necesitan de médico. Jesús vino á guiarles, porque se habian perdido. El Mesías vino á curarlos.

¿Dónde está aquella afirmación evangélica, sin la fe es imposible salvarse? Vosotros conocéis que no hay otros enfermos, otros pecadores, que los ateos é incrédulos? Los condenáis á otra pena y Cristo vino á redimirlos, á guiarlos, á sanarlos, á salvarlos. No há manera mas útil y conveniente que al interpretar el evangelio nos atengamos al espíritu que vivifica y no á la letra que mata.

Aun continúan los evangelistas. Y conocereis la verdad y la verdad os hará libres, S. Juan viii, 32. Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no caminará á oscuras, sino que tendrá la luz de la vida. Id. viii, 12. Os enseñaré todas las cosas. Id. xiv, 26. Cuando viniere. Aquel espíritu de verdad os enseñará toda la verdad. Id. xvi, 13. Que quiere que todos los hombres sean salvos y que vengan al conocimiento de la verdad. S. Timot. ii, 14. Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto. S. Mat. v, 48.

¿Cómo podremos armonizar las citas anteriores con la conclusión dogmática, sin la que nadie puede salvarse? ¿Cómo conoceremos la

verdad sino buscándola en todos terrenos, desarrollando la inteligencia con el estudio, la observación y la experiencia? ¿Cómo seguiremos la luz del mundo caminando entre las tinieblas de la ignorancia? ¿Y la luz de la vida que otra cosa es sino amor y trabajo? ¿Nos enseñará todas las cosas prohibiéndonos pensar? Y la perfección que se nos indica ¿qué otra cosa puede ser sino la marcha de la humanidad hacia Dios por la oración y la caridad?

¿Dios ha dotado al hombre de sensibilidad, inteligencia y voluntad para amoldarlas á reglas y preceptos que no ha prescrito? ¿Se habrá concedido estos preciosos dones para que al tener conciencia de ellos, al apreciarlos en lo que valen, la desesperación sea el término de los mismos? Si la inteligencia de la Iglesia romana es libre para remontarse hasta los horizontes del infinito, ¿por qué se prohíbe á los demás? ¿Dónde existe la misma causa, producen iguales efectos. La Iglesia romana, repito, establece ciertas verdades de un orden que interesa mucho al hombre y no hemos de consignar el por qué y los grados de certeza de las mismas. La ciencia no huye la luz, la luz del mundo no teme la discusión; la verdad brilla mas y mas cuanto mas se la analiza. De alistas con la llave de la ciencia, si entrasteis y habeis prohibido á los que entraban. S. Lucas, xi, pág. 52.

Nos concedéis el uso de vuestras facultades, si; pero con sujeción á vuestras disposiciones. Quereis que se eleve el sentimiento pero en suntuoso y magnífico edificio adornado de oropel, elevando preces al Altísimo en lenguaje desconocido, previa la correspondiente distracción musical. ¡Y qué bien viene aquí como paréntesis al pobre establo de Belen! Quereis que se desarrollé la inteligencia, pero ateniéndonos al Indico. Quereis afirmar y robustecer la voluntad, pero con lúgubres exhortaciones reservadas para un artículo mórtis.

Y no comprendéis que el becerro de oro de Moisés y vuestras adornadas estatuas son idénticas, y que admitiendo á un Dios grande é infinito en atributos y perfecciones, nos

hiela el corazón lo pequeño, lo adusto y raquítico de vuestro idelé, y al humanizarlo sería de muerte la idea de lo sublime? No habeis observado que al prohibir la lectura de ciertos libros se acrecienta el deseo, se despierta el afán de conocer los que vedáis, y lo conveniente sería oponer la verdad al error y la doctrina al sofisma? Y si al hombre en su último trance se le anima recordándole que el Padre celestial todo amor, todo bondad, está dispuesto á perdonarnos siempre que en espíritu y en verdad pidamos perdón, y que en época mas ó menos lejana, por medio de justas reparaciones, llegaremos todos todos los hijos de Dios á gozar de la dicha futura, ¿no resultaría lo que vosotros sabeis mejor que yo? Pero ¿guías ciegos que colais el mosquito y tragais el camello, que llorais el Nilo delante de los hombres, San Mat. xxiii, 13.

De ningún modo puede ser vuestra fé, que siega las fuentes de la actividad humana la fé del evangelio que vivifica la creación que sostiene al incrédulo y hace entrar en duda al ateo. La fé que anatematiza y condena no puede ser la de aquel que hace presente al Pedro, perdonará setenta veces siete. La fé de Roma, no es la de S. Pablo que dice: y si tuviere profecía y supiere todos los misterios y cuánto se puede saber y si tuviere toda la fe que trasporta las montañas y que tuviere caridad nada soy. Es esa la fé vuestra al asegurar que sin creer, nadie, nadie puede salvarse? Aunque creyese todos los misterios, sin caridad nada hay segun S. Pablo. ¿Y porque vosotros justificais que el evangelio lo considera absolutamente necesario para la salvación? La fé de la inercia del estacionamiento, de la indiferencia, no puede ser la que se requiere para la perfección. Y la que conduzca el progreso, único modo de perfeccionarnos, de conocer la verdad, no es la fé del evangelio que quiere siga la luz del mundo para no caminar á oscuras.

Probado queda segun el evangelio, que el Hijo del hombre solo exige para premiar; la caridad, y condena á los que no la ejercieron. Tene hambre y no me disteis de comer, es decir; no amasteis al prójimo y por tan-

to apartaos de mí, malditos. Vosotros que me enbriстеis, consolasteis, veid á gozar.

No examina si dudaron del Padre ó del Hijo; si les negaron. Nada de esto, porque jamás dijo una palabra en su predicación sobre sujeciones, dudas ó creencias. Inculcó el amor, dió constante ejemplo de caridad; enseñó el único mandamiento, que era la ley y los profetas, amad á Dios sobre todo y al prójimo como á vosotros mismos. Cristo espíritu no quiso detener el progreso dictando reglas al pensamiento: Jesús no prescribió preceptos á la inteligencia para imposibilitar el conocimiento de la verdad: el Mesías no varió ni interrumpió una de las leyes del espíritu, la actividad. Mi Padre obra sin cesar, dice el Nazareno, y Dios inmaterial, que es la actividad eterna en el tiempo y en el espacio, quiere que en vuestro nombre limite la actividad que nos concedió para nuestro perfeccionamiento. Recordais el dicho vulgar de que el pensamiento jamás para? El solo deba probaros la impotencia de cuantos esfuerzos tongan por objeto contener nuestro espíritu dentro de límites ficticios é imaginarios.

El mismo Cristo nos indica el camino de perfección: y S. Pablo asegura que sin caridad, nada ora por más que creyese en lo lo.

El ateo, el materialista, el protestante, etc. y todos los que están fuera de la iglesia romana, como los que viven en su seno, serán premiados según su amor, según su caridad, y castigados por no cumplir con el único mandamiento.

Por último, ¿hay otra verdad absoluta que Dios? Que la conozcamos se nos dice. Y cómo? Cultivando nuestra inteligencia por medio del estudio con asiduidad y constancia.

¿Hay otra perfección absoluta que Dios? Que seamos perfectos como es perfecto nuestro Padre, se quiere. ¿De qué manera? Procurando en cuanto nos sea posible conocerle é imitarle, y puesto que es infinito, nos prodigó un puro destello de perfección en el que murió en la cruz.

Esta es la fé enseñada, la fé racional, la fé lógica, la fé científica, la fé filosófica porque con ella creemos los hechos ó doctri-

nas atestigüadas por la razón y la experiencia. ¿Hemos de creer en Dios porque sí? Hemos de admitir su existencia, su eterna justicia, su inmensa bondad, su infinita ciencia, sin saber por qué? Y al tener conocimiento aproximado de las divinas perfecciones, ¿por qué se han de admitir parcialidades y privilegios en contradicción con su bondad, con su ciencia é inmutabilidad? ¿Por qué la iglesia lo propone? Que sus proposiciones no choquen con la razón, ni con la ciencia, y admitidas desde luego, ¿cómo se ha de convenir, por ejemplo, que Dios se apiada por dinero de las almas que están en el purgatorio, cuando esto riñe desesperadamente con el sentido común?

El espiritismo que establece como principio que la fé ha de ser racional, cree en Dios y no teme averiguar por qué él ama y por qué le ama: se afana por comprenderle, admirando la creación, para estudiar sus efectos y remontarse á las causas, Dios. Y sin miedo á la razón, ni á la ciencia, enseña el verdadero camino que conduce á Dios por el amor y el trabajo; con la profunda convicción de realizar el progreso social, con la sabia fé del evangelio, que transporta las montañas, y que enseñada por Cristo; nos alienta en este mundo de pruebas. Esta es la fé viva de que nos habla S. Mateo, que cimentada por la caridad y fomentada por el estudio, nos hará posible descubrir algo de lo culto, restableciendo ciertas cosas.

Esta es la fé que armoniza el progreso con la conciencia, que afirma y prueba hasta la evidencia que no existe contradicción en lo dicho por Jesús y lo enseñado por las ciencias: esta fé demuestra la pluralidad de existencias del alma para comprender mejor la divina justicia, las reencarnaciones para explicar el progreso, la perfección del espíritu; y la pluralidad de mundos habitados como complemento de ambas. Verdades todas esparcidas en el evangelio cuando se dice, Elías vino: el que no nace de nuevo no puede entrar en el reino de Dios: en la casa de mi Padre hay varias moradas: conoci á Abraham.

¡Oh! sí: la fé radiante, destello de vivi-

una luz que colocada en la del candelero, alumbraba con sus resplandores hasta la montañita de Sion, permitiéndonos sus resplandores rayos escudriñar hasta los más recónditos pliegues del código divino; nos muestra el seguro derrotero que por el árido desierto de este planeta hemos de recorrer con ánimo sereno y firme, y seguro paso para llegar al término de nuestras aspiraciones, progresando siempre y siempre hacia el infinito.

Esta fé compronido y explica aquellas palabras del Macabro «si os diera majares sólidos no podríaos dijorirlos.» Estas ideas caben perfectamente en la humanidad que, formando hoy un cuerpo de doctrina filosófica, cobija bajo su lema «sin caridad no hay salvación», a todos los habitantes de este planeta, desde el uno al otro polo.

FEDERICO CASTELLO.

NUESTRO SISTEMA PLANETARIO.

VI.

La Tierra y la Luna.

I.

Alejándose siempre del centro del sistema que hemos tomado como punto de partida, debemos hablar hoy de la Tierra, después de haberlo hecho de Mercurio y Venus; y conviene mal este descanso en nuestra morada actual, antes de lanzarnos a recorrer los otros mundos que giran fuera de la órbita del que habitamos.

Hemos de considerarlo aquí como cuerpo celeste, como planeta del mismo modo que hemos considerado los otros, puesto que, como aquellos, es un individuo de la familia de mundos que compone el sistema solar.

La Tierra está aislada en el espacio como todos los demás planetas; mas esta no viaja solitaria como Mercurio y Venus, sino acompañada de su fiel satélite—la Luna—la cual, describiendo su órbita al rededor de ella, la sigue en la que traza también, a su vez, al rededor del Sol.

Sabido es de todos que la figura de la Tierra, es una esfera un poco aplastada por los polos, y que mientras el emisferio que mira hacia el Sol está alumbrado por los rayos

de éste, el otro está somido en la oscuridad.

Si nos fuese posible ver nuestro mundo desde el espacio, fuera de los límites de la atmósfera que le envuelva, se nos presentaría bajo la forma de un disco más o menos luminoso—según la distancia á que de él nos halláramos—notaríamos en él ciertas manchas oscuras que reconoceríamos después de examinada su figura, ser los mares (1); y destacándose sobre ese fondo veríamos ciertas partes más brillantes, que asimismo reconoceríamos ser los continentes, las nieves y los hielos de los polos. También, y según la posición respectiva del Sol, de la Tierra y la en que nos colocáramos, veríamos qué esta presenta fases semejantes á las que desde aquí vemos en la Luna.

Luego, si nos acercásemos, iría pareciendo ménos resplandeciente á nuestros ojos, á la par que el disco crecería en magnitud, y podríamos notar otras manchas, aunque poco sensibles, pero que con vez de permanecer fijas, las veríamos cambiar de forma y aun disolverse; estas manchas no serían otra cosa que las masas de nubes que se forman en la atmósfera.

Desde el espacio, nada veríamos de las asperezas rugosidades de su superficie: las altas montañas y los profundos valles no serían sensibles para nosotros, sólo veríamos una superficie tersa bruñida, como la que observamos en los demás cuerpos celestes. Para demostrar que los más elevados montes de la Tierra no afectan en nada su redondez, es muy común comparar la Tierra con una naranja, suponiendo que los montes y valles son á nuestro modo, lo que los accidentes que presenta la epidermis de aquella fruta son á ella misma. Esa comparación dista mucho de ser exacta. Reducida la tierra al volumen de una naranja, su superficie se presentaría tan lisa y tan igual, que á la simple vista no se alcanzaría á ver la menor elevación ni depresión. Júzguese de ello por el siguiente cálculo que tomamos de un autor: Figurémonos que, en vez de los 12.732,814 metros que mide el diámetro terrestre, tuviera sólo un metro de altura. ¿Qué viene á ser en escala, las irregularidades producidas por los montes y los valles; que viene á ser la elevación de los continentes sobre el nivel de los mares? El cálculo es fácil. El Kanrinjong y el Gaurisankar, esos picos colosales del Himalaya, las mas altas montañas conocidas de nuestro globo, no se eleva-

(1) Es sabido que los mares cubren las tres cuartas partes de la superficie de la Tierra.

rían sobre una esfera de ese tamaño más que siete décimos de milímetro; el Moot-Blanc apenas más de un tercio. Las cordilleras de montañas de mediana altura, los valles y las celinas, serían como invisibles, las mayores profundidades del Océano no penetrarían en la superficie más allá de un milímetro, y la capa aérea ó atmósfera que envuelve al mundo no formaría una capa de 5 milímetros de altura.

El diámetro de la Tierra hemos dicho que es 12,732,814 metros; en volumen es 1,080,863,240 miriámetros cúbicos, y en superficie mide una extensión de 5,093,142,812 miriámetros cuadrados.

El aplastamiento de los polos si se tiene en cuenta el volumen de la Tierra, es muy poca cosa, solo es 21,318 metros en cada polo, según puede verse por la medida siguiente que tomamos de un autor moderno:

Radio ecuatorial	6,377,398 metros.
Radio polar	6,356,080

Diferencia 21,318 metros.

De modo que entre el diámetro ecuatorial y el polar, sólo resulta una diferencia de 42,636 metros. En el globo de un metro de diámetro de que antes hemos hablado, estaría representado ese aplastamiento por 1 milímetro y 2/3 en cada polo, ó sea un poco más de 3 milímetros entre ambos.

El peso de nuestro esférico ya lo expresamos al compararlo con el del Sol, es de 5,875,000,000,000,000,000 toneladas de mil kilogramos. Creemos inútil decir aquí que este peso se deduce de la densidad de la materia terrestre, cuyo peso específico es 5'48 esto es: un volumen igual de agua destilada y de materia terrestre—término malo—pesa ésta cerca de cinco veces y media más que aquella.

La capa atmosférica que envuelve la Tierra, tiene—según los cálculos mas exactos—unos 60 kilómetros de altura, y su peso se ha calculado que es 5,263,000,000,000,000 le que no llega aún á ser la millonésima parte del peso de la Tierra.

Colosales son los guarismos que acabamos de apuntar pero ya hemos visto con insignificantes han sido, al compararlos con los que resultan del volumen y del peso del Sol; y veremos luego que nuestro mundo es uno de los hijos menores de la familia de mundos que componen nuestro sistema planetario.

La distancia de la Tierra al Sol es 38,230,000 leguas de 4 kilómetros, y el movimiento de revolución sideral de este planeta, se verificó

en 365 días, 6 horas, 9 minutos, 10 segundos y 75 centésimas de segundo. El espacio que recorre la inmensa mole terrestre en ese movimiento, es de 30,550 metros por segundo, esto es, cerca de 8 leguas.

La órbita terrestre no es precisamente circular, y si bien su excentricidad no es muy notable, hace no obstante, que no se halle siempre la Tierra á la misma distancia del Sol. Cuando está más alejada de él—ó sea en su afelio—se halla á 38,900,000 leguas, y cuando está más cerca—ó en su perihelio—á 37,600,000 leguas. Haremos notar de paso que no coincide el perihelio con las estaciones calurosas de nuestro hemisferio boreal; muy al contrario, puesto que el perihelio tiene lugar á últimos de Diciembre, algunos días después del solsticio de invierno, y el afelio en los primeros días de Julio.

«Esta circunstancia prueba, que no es á la disminución de la distancia real del Sol á lo que debe atribuirse el aumento de calor, ó más bien de la temperatura de nuestro sitio de la Tierra. Durante la primavera y el verano del hemisferio boreal, el Sol permanece más tiempo sobre el horizonte de un lugar que en el otoño y en el invierno; y la duración del día es tanto más larga que la de la noche, cuanto más se aproxima al solsticio. Esta es una primera causa de la elevación de la temperatura durante las estaciones estivales, y la otra, no menos poderosa, proviene de la luz aparente del Sol. El arco diurno descrito por el astro radioso vá elevándose á alturas crecientes desde el equinoccio de primavera al solsticio de verano, para volver á pasar en sentido inverso por las mismas posiciones, del solsticio de verano al equinoccio de otoño. Los rayos que euvia sobre los diversos puntos del hemisferio boreal, atraviesan la atmósfera menos oblicuamente que en invierno y en otoño, y la intensidad del calor recibido, es tanto más notable, cuanto esa oblicuidad es menor; circunstancia fácil de explicar por ser menor el espesor de las capas atmosféricas atravesadas por esos rayos. Por otra parte, prescindiendo de la atmósfera, la oblicuidad de que hablamos, es ya causa de que el calor recibido por una misma porción de la superficie terrestre sea menos considerable.

«La explicación precedente se aplica al hemisferio austral durante las estaciones de otoño é invierno, que son para él la primavera y verano; y como además el Sol está á menor distancia de la Tierra, la intensidad del calor es mayor, así como en las estaciones invernales del mismo hemisferio, el frío debe ser mas intenso. Por último, esas

designaldades se compensan, y las temperaturas medias del año son casi los mismos al Norte y al Sur del Ecuador.» (1)

No entraremos aquí en consideraciones sobre las causas que modifican en varios puntos las que enumera el autor que acabamos de citar—causas que son puramente astronómicas—por creer que no es éste su lugar; así como tampoco hablaremos de la diferencia de temperatura en las diferentes zonas del globo, cuyos climas son tan opuestos como saben nuestros lectores. Solo añadiremos que en la zona tórrida, que comprende ambos hemisferios hasta los trópicos y especialmente en su centro ó sea la línea equinoccial, el Sol se halla en el zénit, dos veces al año, que en las zonas templadas, ó sea desde cada trópico respectivo hasta 66 grados de latitud no se eleva nunca al zénit, sino que sus rayos hieren mas oblicuamente estos países; y por último, en las zonas circumpolares ó glaciales, el astro del día llega á bajar hasta el horizonte, y eódo desaparece por debajo de él durante un espacio de tiempo que varia entre un dia y seis meses.

El movimiento de rotacion sobre su eje, lo verifica la Tierra en 23 horas, 56 minutos, 4 segundos.

Este movimiento no es tan rápido como el de revolucion de que ya hemos hablado y ofrece además otra particularidad, y es que por razon de la forma esferoidal de la Tierra, no todas sus partes recorren el mismo espacio en un tiempo dado.

Procuremos explicar esta hecho del modo mas breve que nos sea posible.

En el punto matemático de ambos polos hay inmovilidad, puesto que es el protocéntrico del eje de rotacion, pero evazando hacia el ecuador, vá creciendo gradualmente la velocidad, hasta llegar á él. Girando la Tierra sobre su eje, el círculo que en veinte y cuatro horas describe un punto cualquiera, por ejemplo, el Spitzberg, grupo de islas desiertas del mar glacial, nunca será tan grande como el que describe la Islandia que está situada más al Sur; el de ésta como el de Inglaterra que lo está más, el de Inglaterra como el de España, y el de España como el de la isla Sumatra que está en la línea equinoccial. Siendo pues, estos círculos diferentes entre sí y todos trazados en el mismo tiempo, naturalmente que las velocidades reales deben ser diferentes. De los cálculos verificados resulta que Rukjawitz, capital de la Islandia, recorre 203 metros por segundo ó

sean 727 kilómetro por hora; París 305 metros por segundo—727 kilómetro por hora—Quito (on el Ecuador) 464 metros por segundo, ó sean asimismo, 1,6700 kilómetro por hora.

El eje de rotacion de la Tierra está inclinado sobre el plano de su órbita 23 grados, 37 minutos; á no existir esa inclinacion, nuestro mundo sería casi un paraíso, físicamente considerado. Los dias serían constantemente iguales á las noches, no conoceríamos ora el sofocante calor del verano, luego el helado soplo del invierno; una temperatura invariable reinaria todo el año en una misma zona y los amantes del calor podrían pasar su vida en un país próximo al Ecuador, así como los que prefieren un clima frio, no tendrian mas que correrse hacia los polos para gozar constantemente de su temperatura favorita. Pero como así, y hemos de conformarnos con él tal como está, ya que por nuestras culpas merecemos habitar este mundo y no otro mas favorecido.

La historia de nuestro globo, se ha ido conociendo á medida que las ciencias han progresado, hoy, sió que pueda asegurarse que se conoce perfectamente, puede no obstante decirse que merced á los datos que la observacion presenta y la ciencia estudia, se vá formando con bastante exactitud. Todo induce á creer que la materia que compone la Tierra fué en el principio gaseosa; luego, con el trascurso de los siglos, se fué condensando, llegando al estado líquido, pastoso despues, y poco á poco se ha ido solidificando. La corteza sólida de nuestro mundo es muy delgada todavia con relacion á él, y con razon ha dicho un autor, que «nuestro globo es una bomba cargada de fuego líquido.»

Tanto en las minas muy profundas como en otras perforaciones que la mano del hombre ha practicado en el suelo del planeta, se ha notado que el calor interior aumenta un grado por cada 25 ó 30 metros de profundidad. Partiendo, pues, de este dato—comprobado en diversas observaciones—resulta, que siguiendo el calor aumentando en esa progresion; á la profundidad de 66,000 metros—que no es más que la centésima parte de radio terrestre—la temperatura sería de 2,000 grados; temperatura en que aun los cuerpos minerales mas refractarios al calor no podrían existir en estado sólido. Por otra parte, los volcanes son una manifestacion evidente de la existencia del fuego central; y el número de éstos ha ido disminuyendo con el tiempo, pues siendo mas delgada la corteza en las primeras épocas geológicas y de consi-

(1) A. Göttemin. *La Ciel*.

guiente más intenso el calor interior, necesitaba este mayor número de válvulas por donde se escapara la exuberancia de gases que hubieran podido hacer estallar el globo.

Las transformaciones que desde su origen ha sufrido la Tierra—o por lo menos las que la ciencia ha podido apreciar hasta ahora—creemos que estaría fuera de su lugar, si aquí las expusiéramos, siquiera fuese sucintamente, por lo que nos absteemos de hacerlo en este artículo: así pues, pasaremos desde luego á hacer una visita á nuestro satélite la Luna.

LUIS DE LA VEGA.

Se continuará.

DICTADOS DE ULTRA TUMBA.

SOCIEDAD ALICANTINA

DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

Medium J. P.

¿Qué atractivos tiene todavía para ti la tierra? ¿Qué impresiones recibiste á tu llegada al mundo de los Espíritus?

— Ahí, francamente, usada me queda que pueda interesarme; pero me ocupo en prestar mis cuidados á inspiraciones á los hombres que se desvían, para sacarles de aquella senda de perdición y guiarles á feliz puerto. Lo que á vosotros, mayormente, os interesa, es prepararos en ese mundo de prueba y espionaje, para no tener nada que sufrir aquí. No podeis tener, ni remotamente una pequeña idea de lo que aquí se sufre. ¡Cuántos infelices no supieron cumplir la misión que se les tenía encomendada, y una vez dejada la materia necesitan ayuda, protección y muchos consuelos, para soportar con resignación las penas á que se hicieron acreedores! Yo he pasado por esta amarga situación, y Dios ha usado de mucha clemencia para conmigo.

Contestando ahora á vuestra segunda pregunta, os diré que el horror me embargaba de tal manera, que no podía explicarme claramente cuanto á mí alrededor pasaba; pero libre ya de aquella turbación atormentadora, mi conciencia me acusó de algunas faltas cometidas en mi postrera existencia, y entonces sufrí porque

consideraba que estubo en mi mano haberlas evitado y no lo hice.

Amigos míos, procurad venir aquí limpios de toda culpa y vuestra dicha será inmensa.

Medium J. P.

— Si eres un espíritu en sufrimiento, díjame las causas que han motivado tu triste estado?

— Lo soy efectivamente y no hallo consuelo en el espacio ni en la errandía; tengo merecido cuanto me pasa, porque olví á mis padres y les dejé sumergidos en el mayor abandono y desesperación. La causa fué una mujer que me sedujo; una mujer que fingiéndome un amor que no sentía, me trastornó los sentidos, y loco por ella, la seguí por todas partes, hasta que, cansado de una vida que había consumido mis pocos ahorros, y desengañado por ella misma, me retiré maldiciendo mi existencia.

Mientras tanto, mis pobres y acaudalados padres que todo lo esperaban de mí, al verse abandonados y faltos de lo necesario para la vida, se vieron precisados, como mis dos hermanas menores á mendigar, entro las almas caritativas, un pedazo de pan.

Graves fueron mis faltas que me hacen sentir un peso abrumador que me roba el sosiego y la tranquilidad. En ninguna parte me siento bien, y de todos huyo para que nadie entrevea el delito que cometí; pero es en vano, porque se traslucen en mi mirada, se lee en mi semblante sombrío, y soy el blanco de los espíritus superiores que me compadece. Algunos me reaniman con sus consejos y con la esperanza que saben infiltrar en mi corazos espiritual; pero yo me siento desfallecer, pues no veo medio alguno de reparar la falta. No hay compensación alguna del mal que causé á mis pobres padres, que tanto se desvelaron por mí, durante mi vida corporal, que me alimentaron con el sudor de su frente, siendo el objeto preferente de sus solícitas y paternales cuidados.

N. AGUIRRE.

LA SOBRIEDAD.

Esta preciosa virtud es la amiga de la naturaleza, hija de la razón, hermana del bien-estar y compañera de una vida templada, modesta, noble, arreglada y limpia en todas sus obras. Es

qual raíz de la vida, de la salud, de la alegría, del aljerto, de la ciencia y de todas las acciones dignas de un alma bien nacida. La favorecen las leyes humanas; ante ella huyen como nubes que el Sol disipa, los desarreglos y peligros que estos ocasionan. Es, en fin, la amable y benévola guardiana de la vida lo mismo del rico que del pobre; enseña al rico la modestia, al pobre el ahorro, al jóven la firme y segura esperanza de larga vida y al anciano á resguardarse de una muerte triste. La sobriedad purifica los sentidos, aviva la inteligencia, alegra la imaginación y conserva fiel la memoria. El alma, desprendida casi de su peso terrestre, goza de mayor dosis de libertad.

Medium L. Mestre.

¿Queréis ser espiritistas? Sed buenos.
¿Queréis ser buenos? Amad á Dios.
¿Queréis amar á Dios? Estimad á vuestros hermanos.
¿Queréis que vuestro espíritu allmente estos principios?
— Obrad conforme os ordena la doctrina que profetisa.

¿Cómo se alcanza? con el estudio, la perseverancia, la consecuencia y la firmeza en deponer los vicios que pugnan siempre para destruir los impulsos de la conciencia, y perturbar las concepciones de vuestro ser.

Practicad la caridad, vivid por ella y para ella, embelleced vuestra alma en los brillantes matices, en los destellos de radiante luz que ella exhala; bella flor de infinitos aromas, como infinita es su procedencia, aspirad, con afán su fragancia dulce, suave y benéfica; bebed de su cáliz, el nectar purísimo que destila y que tanto fortalece, purifica y sostiene esa abnegación que debe poseer todo el que de espiritista se precia.

Seguid mi consejo y de seguro que jamás el arrepentimiento vendrá á perturbar la tranquilidad de vuestra conciencia.

Sed caritativos y seréis espiritistas, sed carinosos y seréis buenos, vivid para vuestros semejantes y amareis á Dios, amad á Dios y estaréis dentro de la verdadera doctrina revelada.

Medium A. Lauri.

¿Cómo fulguran miles de mundos en el Eter suavísimo! ¿Cómo, con una magestad que encanta, están unidos en el universo, el amor y la armonía! ¿Cómo el Eter sembrado de planetas parece un manto bordado que se estiende al finito

y abriga en su seno la castidad y la hermosura! Yo veo todas estas bellezas y me alijo. ¿Seré solo el castigado á no gozar tanta grandeza y magestad tanta? Yo, amigos míos, fui un hombre que figuré en vuestra historia contemporánea como un genio, y sin embargo fui muy ignorante; porque no pude encontrar la virtud al lado de la ciencia que cultivé. ¡Deseais ser seréis angeles y puros; gozar de la bienaventuranza del Todo-Poderoso y no padecer tras la tumba! Procurad ser sabios, pero para encontrar tras la ciencia la virtud y el bien: Así os lo desea un espíritu que padece. Soy

BARCELONA 21 DE MARZO DE 1867.

Medium M. A. D.

EL DESPERTAR DEL ALMA.

Hermanos de todos los países: acaba, de ahora, el fuerte grito de la restauración y de la liber-

tad de la conciencia.

Un acto de tanta importancia como el que reunió al mundo pensador, hace diez y ocho siglos, se renueva con esplendor en vuestros días. Este acto iluminará á todas las clases de la humanidad sin distinción de casta, secta ni partido. Este es el llamamiento hecho por Dios á sus hijos: Vosotros, Espiritistas, ¿lo habeis reconocido? Es el despertar del alma! Supremo llamamiento que ha de arrancarla á su profundo letargo! Momento supremo que decidirá su porvenir eterno!

El Espiritismo debe dar al Espíritu la fuerza que necesitará muy pronto para su adelantamiento, haciéndola vigorosa; el alimento espiritual que recibirá: está mas en relación con su edad: será el bautismo de la difusión del Espíritu Santo que se derramará por toda carne como está anunciado.

Si el Reino del Espíritu se ingertará definitivamente en la humanidad; su Imperio se hará muy poderoso, así como tuvo su época de abatimiento y debilidad.

Este momento libertador fue profetizado por el Hombre-Amor; Jesús, no podeis pues dudar de su palabra.

En efecto, el lenguaje de este Divino legislador ya no puede ser desconocido en adelante. El es quien, como padre vigilante y cuidadoso, ha de adelantar al mundo; el es el que da ánimo, el que inspira, el que inflama por todas partes el progreso; el es el que, bajo todas las formas, favorece

ce á la industria, á las artes, á los filósofos; él es el que conduce su obra por la inspiración; él es el que debe visitarnos, inducirnos al bien y transformarnos para presentarnos regenerados al Creador que le confió nuestra salvación.

Preparaos, pues, hermanos míos para recibir esta ilustre visita; preparad vuestros corazones y vuestras conciencias, haced que sea el santuario digno del que viene á salvaros por la gracia y la redención, notándoos del insigne favor de la mediación y á haceros verdaderos ciudadanos del Universo y de Dios.

Los hechos van á reproducirse por todas partes para llamar la atención de los incrédulos: los enviados del Altísimo han empezado ya la obra toda, halo la envoltura de la reencarnación y en todas partes causarán admiración á los hombres, por sus aptitudes espirituales.

¡Oh! no os hagáis sordos á la voz del arrepentimiento; recogeos, medid y estad seguros de que el Espíritu de Verdad, el Espíritu de la Revelación os santificará.

Amigo, hermanos, pero prudencia, vuestros enemigos son en gran número y poderosos; pero del mismo modo que fueron preservados los hijos de Israel, así lo seréis vosotros, Espiritistas sinceros, animosos y adictos. Vosotros seréis señalados por el dedo de Dios que os librá de toda desgracia.

Esperad con calma los acontecimientos; rogad sin cesar para que se cumplan los designios de Dios; procurad sin cesar merecer también su protección, porque se preparan grandes cosas; proclamad siempre con entusiasmo y por todas partes su grandeza, su justicia y su amor.

Que la paz del corazón y del alma sea con vosotros, hermanos míos muy amados.

San Luis, Rey de Francia.

En país de ciegos, á los tuerlos ciegos se alborcan.

(Paris 15 de Enero de 1870.)

«Visiendo yo en mi cuerpo terrestre, tuve muchas veces el deseo de añadir algunas reflexiones á una novela semi-fantástica que lei en un diario, hace poco más ó menos 45 años, y que tenía por título: *En país de ciegos, á los tuerlos...* Parece estar escrita en nuestra época; tan cierto es que la verdad es de todos los tiempos. Hé aquí el asunto: cuanto puedo recordar, porque me acuerdo más de la idea que de las palabras.

Dos amigos, deseando hacer una excursión aerostática, se pasieron en un globo, arrebatados más lejos de lo que deseaban, uno de ellos que no quería andar errante más tiempo; se hizo descender en un sitio cualquiera, el otro siguió su espursión á merced del viento que le trasportó á una isla desconocida del grande Océano. Descendiendo, el globo, chocó con árboles, y cayendo nuestro viajero aéreo se estropeó un ojo. Héle aquí tuerlo...

Con el ruido de su caída y sus gritos pidiendo auxilio, acudió y le rodeó una turba de hombres, niños y mugeres; le tocan, le palpan, le pían á cabeza, sin mirarle; como para reconocer su persona. Admirado de este singular modo de acercarse á los extranjeros, nuestro viajero los examinó más atentamente; vió entonces que tenía que habérselas con ciegos.

«¿Quién sois y de donde venis, le preguntó uno de ellos, porque vuestro acento y vuestro traje, nos indican sois extranjero?—Efectivamente, dijo, vengo de muy lejos; mi país se llama Francia, ¿lo conocéis?—No. Debe ser ese un país muy atrasado, muy barbaro, por que jamás hemos oído hablar del él».

Nuestro viajero entonces detalló las cosas tumbres, los usos, y hábitos de su país nativo. Encomió los progresos obtenidos en las ciencias y en la industria, y en particular, los nuevos descubrimientos astronómicos, meteorológicos aerostáticos; y contó por fin el incidente que había dado término á su viaje á la isla.

Mientras no se trataba más que de obras manuales, mecánicas, nuestros ciegos, aún que admirándose sobre la extrañeza de la revelación que se les hacía y de cuya veracidad no podían cerciorarse, sólo manifestaban su incredulidad por sus gestos y actitudes. Pero, luego que el, desgraciado, aeronauta habló imprudentemente de las artes, la pintura; luego que quiso hablar de luz, de colores y de óptica, principiaron los murmullos, hasta el punto que ya no pudo hacerse escuchar. Era un loco, un insensato, decían unos; un embustero, decían otros: ¿Quién jamás oyó hablar de luz, de colores y otras tonterías? ¿Qué quería decir ese desconocido cuando aseguraba haber visto todas esas maravillas? ¿Qué es eso de ver? Se conoce la forma de los objetos al tocarlos; se sabe que seres animados se acercan por el ruido que hacen al andar; se les reconocen por el sonido de su voz; pero, cómo podría verseles? El que propagaba tales doctrinas no podía ser más que un loco ó un embustero. En todo caso, era un hombre

peligrosa del cual era necesario deshacerse cuanto antes. Y he aquí como nuestro viaje-ro hecho tuerto por su malhadada caída, fué ahorcado por haber querido hablar de colores á ciegos, y no fué coronado rey, según dice el adagio vulgar:

¿Y no conocéis en nuestros días la profunda verdad que entraña esta aparente ficción? En cada página de la historia vemos á tuertos atormentados, perseguidos por haber querido ilustrar á ciegos. Era un tuerto hablando ciegos Sócrates enseñando la inmortalidad á los griegos, y todos los grandes hombres de la antigüedad muriendo por las verdades que habían descubierto; y Crisócrítico, y los Juan Huss, los Kepler, los Galileo, los Shomén de Gaus, tuertos que intentaron vanamente durante su vida iluminar á los espíritus ciegos de sus contemporáneos, y que sólo lograron que vislumbresen algo después de haber pagado con su sangre y pagado con su vida los beneficios de que dotaban á la humanidad.

Hoy ya no se ahorca, ya no se atormenta físicamente á los tuertos; se respeta su vida, pero se ridiculizan sus trabajos. Se rió de los inventores; se burlan de los filósofos; se burlan todos á quienes há y que ahórcó; tuertos son los magnetizadores y los sensibales; tuertos los espiritistas!

¡Burlaos, señores sabios, burlaos iócrúlos escépticos, materialistas testarudos! La crítica esboi, sobre todo cuando no va acompañada ni de estudios concienzudos ni de refutaciones intachables.

Las críticas son estórfiles, así es que muy pronto se olvidan por siempre mientras que las obras de los tuertos subsisten, como antorchas resplandecientes para alumbrar á las generaciones futuras curadas, por fin, de su ceguera secular.

Espiritistas, todavía sois hoy los tuertos en medio de los ciegos. No os admiréis pues, si escitais la incredulidad de los unos y las persecuciones morales de los otros. Estad al tiempo hacer su obra, y así preocuparos de un presente pasajero, esperad del porvenir la consagración de los principios que os han sido enseñados.

LETRA NEGRA

ALLAN KARDEC.

VARIEDADES.

LA FE DE UN LOCO.

Falto de ingenio y de saber escaso,
Sin grandes facultades con que pueda
A Ercilla comprender, y á Garcilaso

Y á Moratin y á Byron y á Espronceda:
Sin nimen que me inspire y al acaso,
Loco buscando quien por mí interceda,
Cedo al impulso de mi fantasía,
Y me engolfó en el mar de la poesía.

Genios ilustres que á las musas disteis
Tantos honores, y laureles tantos,
Y en armónicos ramos difundisteis
La luz de la verdad, en vuestros cantos;
Ya que tan buenos y tan sabios fuisteis,
Y que el mundo os venera como santos,
A inspirarme venid, que yo os imito.
Sin vos nada podré, pues valgo poco.

Ay! si de Apolo la gotante lira,
Como Dante ó Homero, yo pulsara,
Y el ángel bueno que en mí torno gira,
Su protección me diere y me ampara;
Y el sacro nimen, que el saber inspira,
En torrentes de luz me iluminara,
Cual águila surcara en rápidos vuelos,
El píelago insondable de los cielos.

Y así impulsado del ahan que siento
De arrancar el secreto á la natura,
Y el velo desgarrar á tanto cuento,
Que registra la Historia, en su escritura,
Escollo do se pierde el pensamiento,
Entre dudas y sombras y conjetura,
Mas de un misterio soy á solmaris,
Y el hombre en oraciones le verda esboi.

Es preciso romper con el pasado,
El error combatir y la impostura,
El hoy más alzar; está probado ya,
El bien existe siempre, el mal no dura;
El esclavo infeliz ya emancipado,
Acaba de romper su ligadura,
Todo en el mundo; sin dejar camino,
Que es la ley del progreso ley divina.

Nada hay injusto, todo en sí obedece
A un fin providencial, que el hombre ignora,
Todo se aviene y adelanta y crece
Y progresa y se mejora y se mejora;
Y es ley universal que las virtudes
A quien grandes virtudes atesora,
Ilumina quien osado la combate,
No sabe, necio, que al progreso mata.
Y en tanto que mi alma fatigada
Buscando la verdad, hacia otros mundos

Afanosa dirije su entrada,
Livianas gentes hay, serás inmundos,
Raza despreciable y despreciada,
Que haciendo mis esfuerzos infecundos,
Crean, necios y tercos, que colocan
Tropezos á mi marcha, y se equivocan.

Pues cual ave marina, en altos mares,
Por vendabales fuertes combatida,
Los peligros no teme y los azares
De la mar procelosa, embarracada,
Y leguas trasponiendo á centenares,
Lucha y alcanza su natal guarida,
Yo, con mi fe inquebrantable y fuerte,
No en vano, he de luchar hasta la muerte.

Que hoy por fortuna es libre, el pensamiento,
Y libre é independiente es la conciencia,
Murió la inquisición, murió el tormento
A los golpes ciertos de la ciencia;
De Guttenberg divino el gran invento
Por doquier ha llevado la evidencia,
Ya no hay llamas, cadalsos ni prisiones,
Hoy se vence el error, con las razones.

¡Y qué me importa que me llame loco,
Iluso ó visionario, el vulgo necio!
¡Ni que ria, zahlera y poco á poco
El sarcasmo me lance y el desprecio!
Cosas mas graves hay que yo no loco,
Pues no quiero en verdad hablar muy recio; y
Dejemos que se burlen y que digan,
Que se mofen, calumnien y persigan.

Que al través de tan loca, algara blava,
Tranquilizándose los espreses, entro nudo III
Cual Sol la noche transformando, en dia, puse III
Esparece la verdad sus resplandores, oh mundo!
Destellos son de luz y de armonía, lo no oíste;
Que derrama el Señor de los señores, en su
Siempre guiando hácia el buen camino,
Con su amor paternal al peregrino, el bax.

Y el hombre en tanto ciego y obcecado,
Refractor á la luz que se le ilumina,
Por oscuros senderos desviado,
Con paso incierto y al azar camina,
Ni aun se acuerda de Dios, y hasta ha olvidado
Preceptos, años de su ley divina,
¡Insensatos! qué haceis! Huid del abismo,
¡La voz santa no oís del cristianismo!

¡Voz que es también la voz de la conciencia,
Voz, que el poder de la soberbia acalla,
Y lleva al corazón falsa creencia,
Que al hombre le perverte y le avasalla,
Voz, acento sublime de la ciencia,
Que sirve á nuestra fé de antemural;
Voz, cuyos dulces ecos aspiramos,
Cuando á Dios en espíritu adoramos.

No os canséis vozingleros parladores,
Pues si loo llamáis al que procura
Sin tregua, combatir vuestros errores,
Contentísimo estoy con mi locura;
Vos, en cambio, sembrasteis, entre horrores,
Las lágrimas, el luto y la amargura;
Y, ébrios, locos, vertisteis á torrentes,
La sangre de millares de inocentes.

Persecución! Tu eres el bautismo
De toda idea nueva, grande y justa;
Tu azotastes, un dia, al Cristianismo,
Y recedí mas y alzó su frente adusta;
Hoy quieres sumergir en el abismo
Nueva idea que nace mas robusta,
¡Qué pretendes al fin, sino consigues
Matar aquello mismo que persigues!

¡Cadalsos afrentosos devorando
Tanta víctima ilustre de una idea,
El suelo por doquiera ensangrentando,
Y al rojo resplandor de negra tea,
Sombras vagan sin estrás murmurando,
Hay persecución, nadie te vea.
Hay y escondé tu poder ya inerte,
En los antros profundos de la muerte!

Oh Dios todo bondad y Omnipotente
Fuente de amor y dichas inefables,
¡Que los mundos gobierna sabiamente,
Por leyes siempre eternas e inmutables,
En tu seno preexistente
Secretos, para el hombre, impenetrables, mas!
¡Piadad señor y compasión os pido
Para tanto verbugo empedernido!

MANUEL ALCOS.
SALICANTE.-1873.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
Vicente Costa y compañía
SAN FRANCISCO, 21.